



# Paisajes del Apocalipsis

antología de relatos sobre el final de los tiempos

George R.R. Martin · Cory Doctorow · Jonathan Lethem · Gene Wolfe  
Orson Scott Card y otros · Editado por JOHN JOSEPH ADAMS

*Paisajes del Apocalipsis* es un recorrido por diversos e inquietantes escenarios donde se ha producido una ruptura radical con la civilización tal y como la conocemos, ya sea debida a guerra nuclear, desastre ecológico o cataclismo cósmico. Así pues, las historias que forman la presente antología se centran no tanto en las causas que determinan el desastre como en imaginar el modo de supervivencia y de vida de una civilización colapsada, explorando qué cambios científicos, psicológicos, sociológicos y fisiológicos tendrán lugar tras el Apocalipsis.

En algunos casos los supervivientes luchan por reconstruir la sociedad, en otros simplemente sobreviven rebuscando entre los escombros de ciudades despobladas y enfrentándose a mutantes y malhechores, pero en todos ellos el escenario, el paisaje donde acontece lo real, ha mutado a pesadilla para albergar otras formas de horror.

En esta ocasión, la colección Gótica de Valdemar se adentra en el territorio de la literatura de anticipación para mostrar realidades alteradas e inquietantes que se ciernen sobre un mundo y una sociedad amenazada por sus propios excesos, tanto más perturbadoras cuanto más verosímiles y cercanas parecen.

John Joseph Adams, uno de los editores y antólogos más reputados en la actualidad en el ámbito del terror y la anticipación científica, ha preparado un verdadero banquete de historias post-apocalípticas escritas en las dos últimas décadas, reuniendo a 21 autores de la talla de: George R. R. Martin, Jonathan Lethem, Orson Scott Card, Gene Wolfe, Cory Doctorow, Paolo Bacigalupi, Octavia E. Butler, Neal Barrett Jr. y un largo etcétera, que pondrán a prueba nuestra capacidad de emoción y de reflexión ante el negro futu-

ro que nos acecha y que podría desatarse en un abrir y cerrar de ojos...

# Paisajes del apocalipsis

\* \* \*

# INTRODUCCIÓN

## John Joseph Adams

Hambruna. Muerte. Guerra. Peste. Estos se suponen que son los heraldos del Apocalipsis bíblico... Armagedón, el Fin del Mundo. En la ciencia ficción, el fin del mundo normalmente es causado por medios más concretos: una guerra nuclear, un desastre (o guerra) biológico, un desastre ecológico/geológico, o un desastre cosmológico. Pero, tras cualquier gran cataclismo, quedan supervivientes... La ciencia ficción post-apocalíptica especula cómo sería la vida para estos supervivientes.

La primera obra post-apocalíptica de importancia es *The Last Man (El último hombre)*, (1826), escrita por la madre de la ciencia ficción y autora de *Frankenstein* Mary Shelley, así que el subgénero es en esencia tan viejo como la propia ciencia ficción. Aunque sus orígenes están firmemente arraigados en la ciencia ficción, la ficción post-apocalíptica siempre ha podido escapar a las tradicionales fronteras entre géneros. Varias novelas clásicas del género, tales como *Alas, Babylon (Ay, Babilonia)* de Pat Frank, *On the Beach (La hora final)* de Nevil Shute, y *Earth Abides (La Tierra permanece)* de George R. Stewart, fueron publicadas como novelas *mainstream*. Esa tendencia está experimentando un resurgimiento con autores como Cormac McCarthy, que se adentra en el territorio post-apocalíptico con su lúgubre novela *The Road (La carretera)*... que no sólo ha

llegado a *best seller* y a ser el libro elegido por el Oprah Book Club, sino también el ganador de un Pulitzer.

Pero la ciencia ficción ha producido el suficiente volumen de clásicos con extensión de novela, incluyendo el indiscutible rey del subgénero, *A Canticle for Leibowitz* (*Cántico por Leibowitz*) de Walter Miller, por no mencionar *The Long Tomorrow* de Leigh Brackett, *No Blade of Grass* (*La muerte de la hierba*) de John Christopher, o la injustamente infravalorada *The Long Loud Silence* (*El clamor del silencio*) de Wilson Tucker. Podría seguir enumerando títulos durante horas... y eso es lo que hago en el apartado de «Otras lecturas» que se encuentra al final de este libro.

La ciencia ficción post-apocalíptica adquirió mayor importancia tras la II Guerra Mundial, sin duda debido en gran parte al poder devastador de la bomba atómica que el mundo pudo presenciar, y alcanzó sus mayores cotas de popularidad durante el periodo de la Guerra Fría, cuando la amenaza de la aniquilación nuclear mundial parecía una posibilidad muy real.

Pero, cuando cayó el Muro de Berlín, también lo hizo la popularidad de la ficción post-apocalíptica. Si examinan la página de *copyrights* de esta antología, podrán advertir que sólo dos de las historias incluidas en este volumen fueron escritas en los años 90. Por otro lado, más de la mitad de estas narraciones fueron publicadas originalmente a partir del cambio de milenio. Así pues, ¿a qué se debe este resurgimiento? ¿Es porque el clima político recuerda ahora al clima que se vivió durante la Guerra Fría? En épocas de guerra y malestar global, ¿es tan fácil imaginar un mundo despoblado, un mundo destruido por la propia humanidad?

¿Sólo se trata de esto, o hay algo más? ¿Qué es lo que nos atrae de esos lúgubres paisajes, de las tierras yermas de la literatura post-apocalíptica? En mi caso, esa atracción está clara: suple nuestra afición por la aventura, por la emoción del descubrimiento y el deseo de una nueva frontera.

También nos permite comenzar desde cero, limpiar la pizarra e imaginar cómo podría haber sido el mundo si hubiéramos sabido entonces las cosas que ahora sabemos.

Quizás el atractivo del subgénero está mejor explicado en esta cita de «The Manhattan Phone Book (Abridged)» [«La guía telefónica de Manhattan (abreviada)»] de John Varley:

Todos amamos las historias post-nucleares. Si no fuera así, ¿por qué se habrían escrito tantas? Hay algo fascinante en la desaparición de todas esas personas, en el vagar por un mundo despojado, rapiñando latas Campbell de cerdo con alubias, defendiendo a la propia familia de los merodeadores. Sin duda es horrible, sin duda nos apenamos por toda esa gente muerta. Pero en algún lugar oculto de nuestra mente pensamos que estaría bien sobrevivir, comenzar de nuevo. En secreto, sabemos que sobreviviremos. Son los demás los que morirán. De eso tratan las historias post-nucleares.

¿O quizás esto es sólo el comienzo de la conversación? Lean las historias y decidan por ustedes mismos. Los relatos incluidos en este volumen van más allá del «vagar», la «rapiña» y la «defensa» que Varley describe en esa cita. Lo que encontrarán aquí son cuentos de supervivencia y de vida tras el holocausto nuclear que exploran qué cambios científicos, psicológicos, sociológicos y fisiológicos tendrán lugar tras el Apocalipsis.

Lo que *no* encontrarán aquí son cuentos que describan un día después con alienígenas conquistando el mundo, o el terror inducido por un ataque zombi; ambos se ajustan a los escenarios post-apocalípticos, pero son temas para otro momento (u otras antologías). En los relatos que siguen encontrarán veintidós escenarios apocalípticos de ciencia fic-

ción diferentes. Algunos de ellos son inverosímiles y poco probables, mientras que otros son plausibles y demasiado fáciles de imaginar. Algunos de los relatos coquetean con lo fantástico. Muchos se aventuran hacia territorio del horror. Todos exploran una pregunta: ¿Cómo podría ser la vida tras el fin del mundo tal como lo conocemos?



1

OCTAVIA E. BUTLER

El sonido de las palabras

[The Sounds of Speech]

Octavia E. Butler fue autora de una docena de novelas y varios relatos cortos... un gigante en este campo que murió antes de tiempo. Fue la primera escritora de ciencia ficción que recibió la prestigiosa beca *genius* de la MacArthur Foundation, y también recibió un premio al mérito aún en vida por su obra producida desde el PEN American Center. En el campo de la ficción especulativa también fue reconocida su obra tras ganar dos Hugo, dos Nebula y un Locus... y su novela corta *Bloodchild* obtuvo los tres galardones. Murió en febrero de 2006.

La obra de Butler explora con frecuencia el tema de la vida tras el Apocalipsis. Aunque ninguna de sus novelas podría ser clasificada *primariamente* como post-apocalíptica, sus tres series en varios volúmenes (la trilogía *Xenogenesis*, las series *Patternist*, y la bilogía *Parable*) tienen lugar en un entorno post-apocalíptico, convirtiéndola en una importante autora de este subgénero, aunque sus libros no pertenezcan realmente a él.

Este relato, que ganó el premio Hugo en 1984, fue escrito por Butler tras presenciar una sangrienta y absurda pelea mientras iba en el autobús. En su colección de relatos, *Bloodchild and Other Stories*, Butler afirmaba que al presenciar la pelea se preguntó «si la especie humana evolucionaría lo suficiente para comunicarse sin emplear un tipo u otro de puños». Y entonces, se le ocurrió la primera línea de este relato<sup>[1]</sup>.

Hubo problemas a bordo del autobús de Washington Boulevard. Rye se había hecho a la idea de encontrarse tarde o temprano con problemas en aquel viaje. Había aplazado su marcha hasta que la soledad y la desesperanza la empujaron a irse. Pensaba que podía quedarle un grupo de familiares vivos... un hermano y sus dos hijos a treinta kilómetros, en Pasadena. Eso suponía un viaje sin retorno de un día, si tenía suerte. La inesperada llegada del autobús cuando abandonó su hogar en Virginia Road le había parecido una señal de buena suerte... hasta que los problemas comenzaron.

Dos jóvenes se habían enzarzado en un desacuerdo de algún tipo o, más probablemente, un malentendido. Estaban de pie en el pasillo, gruñendo y haciéndose gestos mutuamente, cada uno en su propia precaria posición vertical, mientras el autobús daba bandazos sobre los baches del asfalto. El conductor parecía empeñado en desequilibrarles. Sin embargo, sus gestos se interrumpían justo antes de traducirse en contacto físico: falsos puñetazos, movimientos de mano intimidantes que reemplazaban perdidos insultos.

Los pasajeros observaban a la pareja, luego se miraban y emitían breves sonidos de ansiedad. Dos niños lloriqueaban.

Rye estaba sentada a poca distancia, detrás de las partes en disputa y frente a la puerta trasera. Los observó atentamente, sabiendo que la pelea comenzaría cuando alguno perdiera los nervios o cuando la mano de alguno resbalase o alguno de ellos apurase su limitada capacidad de comunicación. Estas cosas podían pasar en cualquier momento.

Una de ellas ocurrió cuando el autobús pasó por encima de un bache especialmente profundo y uno de los hombres, alto, delgado y desdeñoso, fue lanzado hacia su oponente más bajito.

Inmediatamente, el hombre más bajo lanzó su puño izquierdo haciendo añicos la mueca de desdén. Golpeó a su oponente más alto como si no tuviera ni necesitara otra arma distinta a su puño izquierdo. Le golpeó lo suficientemente fuerte y rápido para derribar al hombre alto antes de que este pudiera recobrar el equilibrio o devolver el golpe ni tan siquiera una vez. La gente gritaba y chillaba atemorizada. Los que estaban más cerca se arrastraron para quitarse de en medio. Otros tres jóvenes rugieron excitados y comenzaron a gesticular violentamente. Luego, por algún motivo, una segunda discusión se inició entre dos de estos tres... probablemente porque uno había tocado o empujado sin querer al otro.

Cuando la segunda pelea dispersó a los pasajeros asustados, una mujer sacudió el hombro del conductor y gruñó mientras gesticulaba hacia la pelea. El conductor le devolvió el gruñido mostrándole los dientes. Asustada, la mujer se apartó.

Rye, que conocía los métodos de los conductores de autobús, se sujetó con fuerza a la barra del asiento frente a ella. Cuando el conductor pisó el freno, ella estaba preparada y los combatientes no. Estos cayeron sobre los asientos y sobre los pasajeros que gritaban, creando aún más confusión. Se produjo al menos una nueva discusión.

En el momento en que el autobús paró por completo, Rye ya se había puesto en pie y empujaba la puerta trasera. La consiguió abrir con el segundo empujón y bajó de un salto, sujetando su mochila con un brazo. Varios pasajeros la siguieron, pero algunos se quedaron en el autobús. Los autobuses eran tan escasos e irregulares en esos tiempos que la gente se montaba en cuanto podía, pasara lo que pasara. Quizás no hubiera otro autobús ese día... o incluso

ni siquiera al día siguiente. La gente comenzaba a andar y si veían un autobús le hacían señas para montar. Los que realizaban viajes entre ciudades, como el de Rye desde Los Ángeles a Pasadena, hacían planes para acampar, o pedían refugio a los habitantes de la zona arriesgándose a que estos les robaran o asesinaran.

El autobús no se movió, pero Rye se alejó unos pasos. Tenía intención de esperar a que acabara la bronca para montarse de nuevo, pero si había disparos quería contar con la protección de un árbol. Así pues, estaba cerca de la acera cuando un Ford azul abollado al otro lado de la calle hizo un cambio de sentido y aparcó delante del autobús. Los coches no abundaban en estos tiempos debido a la escasez de combustible y de mecánicos no discapacitados. Los coches que todavía funcionaban tenían tantas probabilidades de ser utilizados como armas como de servir de medio de transporte. Así pues, cuando el conductor del Ford le hizo una seña a Rye para que se acercara, ella se alejó con cautela. El conductor bajó del auto... era un hombre grande y joven, con una barba pulcra y espeso cabello moreno. Llevaba un abrigo largo y una expresión de cautela similar a la de Rye. Ella estaba a unos pocos metros de él, esperando a ver qué hacía. Él miró hacia el autobús, que en esos momentos se mecía por el combate que tenía lugar en el interior, luego hacia el pequeño grupo de pasajeros que se habían bajado. Finalmente volvió a mirar a Rye.

Ella le devolvió la mirada, plenamente consciente de su vieja automática del calibre cuarenta y cinco que escondía bajo la chaqueta. Observó las manos del hombre.

Éste señaló el autobús con la mano izquierda. Las ventanillas de cristal oscuro tintado del autobús le impedían ver lo que estaba ocurriendo dentro.

El uso de su mano izquierda interesó a Rye más que su obvia pregunta. Los zurdos tendían a estar menos discapacitados, a tener mayor capacidad de razonamiento y com-

prensión, y eran menos tendentes a la frustración, la confusión y la ira.

Ella imitó su gesto, señalando hacia el autobús con la mano izquierda, luego lanzó puñetazos al aire con ambos puños.

El hombre se quitó el abrigo revelando un uniforme del Departamento de Policía de Los Ángeles, incluyendo la porra y el revólver de reglamento.

Rye retrocedió otro paso. Ya no había Departamento de Policía de Los Ángeles, ya no existía *ningún* gran organismo, gubernamental o privado. Había patrullas de vecinos e individuos armados.

Nada más.

El hombre sacó algo del bolsillo del abrigo y luego metió el abrigo en el coche. A continuación volvió a hacer señas a Rye para que regresara a la parte trasera del autobús. Llevaba algo de plástico en la mano. Rye no entendía lo que quería hasta que él se dirigió a la puerta trasera del autobús y le hizo señas para que se quedara allí. Ella obedeció, principalmente por pura curiosidad. Policía o no policía, quizás pudiera hacer algo para detener esa estúpida pelea.

El hombre avanzó rodeando la parte delantera del autobús dirigiéndose al lateral donde la ventanilla del conductor estaba abierta. Le pareció que el hombre lanzaba algo al interior del autobús. Ella estaba todavía intentando ver a través del cristal tintado cuando los pasajeros comenzaron a salir a trompicones por la puerta trasera, asfixiados y llorosos. Gas.

Rye sostuvo a una anciana que se hubiera caído si no llega a sujetarla y bajó en brazos a dos niños pequeños cuando estaban a punto de ser derribados y pisoteados. Pudo ver al hombre de barba ayudando a bajar a la gente por la puerta delantera. Cogió a un flaco anciano que salió despedido por un empujón de uno de los que peleaban. Desequilibrada por el peso del hombre, apenas pudo

echarse a un lado cuando el último de los jóvenes salió a empujones. Éste, sangrando por la nariz y la boca, se chocó contra otro, y se enzarzaron ciegamente, todavía llorosos por el gas.

El hombre con barba ayudó a bajar al conductor del autobús por la puerta delantera, aunque el conductor no pareció agradecer mucho su ayuda. Durante unos instantes, Rye pensó que iba a iniciarse otra pelea. El hombre de barba retrocedió y observó al conductor que gesticulaba amenazante, gritándole con una ira sin palabras.

El hombre de barba se quedó inmóvil, rehusando responder a unos gestos tan claramente obscenos. Las personas menos discapacitadas solían hacer esto: retrocedían, a menos que fueran físicamente amenazados, y dejaban a los otros con menos control que gritaran y brincarán de un lado a otro. Era como si pensasen que comportarse de forma tan irascible como los que tenían menor entendimiento fuera rebajarse. Era una actitud de superioridad, y así era como lo percibía la gente como el conductor del autobús. Tal «superioridad» era castigada frecuentemente con palizas, incluso con la muerte. Rye ya había podido experimentarlo en carne propia. Como resultado, nunca salía de casa desarmada. Y en este mundo donde el único lenguaje común posible era el lenguaje corporal, ir armado solía ser suficiente. Raras veces se vio obligada a desenfundar la pistola, o ni siquiera a mostrarla.

El revólver del hombre de barba estaba todo el tiempo a la vista. Aparentemente eso fue suficiente para el conductor del autobús. El conductor escupió con expresión disgustada, miró furioso al hombre de barba durante unos segundos más, y luego se dirigió a su autobús lleno de gas. Lo observó durante unos instantes; estaba claro que deseaba entrar, pero el gas todavía era muy denso. De todas las ventanillas, sólo la pequeña ventanilla del conductor estaba abierta. La puerta delantera estaba abierta, pero la trasera no se quedaba abierta a menos que alguien la sujetara. Por